

VIGÉSIMO CUARTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO

El rencor puede pasar fácilmente desapercibido en la recuperación de la adicción sexual. Normalmente reconocemos peligros evidentes como la pornografía o la fantasía, pero la colera que está en el fondo puede ser igualmente fuerte. Un intercambio doloroso puede dejarnos heridos y solos. Si no sacamos a la luz ese dolor, la lujuria puede empezar a percibirse como un alivio.

La primera lectura de este domingo identifica directamente este peligro: *“Cosas abominables son el rencor y la cólera; sin embargo, el pecador se aferra a ellas”* (Eclesiastés 27:30). Esa imagen es especialmente importante para nosotros. El rencor puede sentirse como algo protector porque mantiene viva la ofensa y nos recuerda las razones por las que nos dañaron. Al mismo tiempo, puede convertirse en un permiso silencioso para alejarse de los demás y volver a viejas conductas. La recuperación nos pide que notemos ese proceso antes de que la cólera se convierta en una justificación.

En el Evangelio del domingo, Pedro le pregunta a Jesús: *“Si mi hermano me ofende, ¿cuántas veces tengo que perdonarlo? ¿Hasta siete veces?”* Jesús responde: *“No sólo hasta siete, sino hasta setenta veces siete”* (Mateo 18:21–22). Después, Él cuenta sobre un servidor que recibe una extraordinaria misericordia, pero rehúsa a tenerla con alguien más.

Los que nos recuperamos de la lujuria sabemos lo que significa necesitar misericordia. Hemos llevado a la confesión los comportamientos ocultos y hemos dicho la verdad en espacios donde antes temíamos ser conocidos. Muchos de nosotros también hemos recibido compasión de personas que esperábamos que nos rechazaran. Estas experiencias nos enseñan, poco a poco, que la culpa no tiene por qué definir nuestra identidad. Jesús pide que la misericordia que recibimos comience a transformar la forma en que soportamos las fallas de los demás.

Perdonar no significa fingir que la traición o el rechazo no fueron importantes. No requiere una reconciliación inmediata ni una

confianza restaurada. En algunas relaciones, la distancia o límites firmes pueden seguir siendo necesarios. El perdón es la decisión de ya no de usar el error de otra persona como permiso para permanecer atrapado en el rencor o en un comportamiento autodestructivo.

Esta labor incluye también recibir la misericordia de Dios para nosotros mismos. El perdón propio no borra la responsabilidad. Seguimos reparando el daño causado cuando nos es posible y enfrentándolo con honestidad. Pero una auto condena permanente puede convertirse en otra forma de egoísmo. Si Dios ha perdonado lo que hemos confesado con sinceridad, la humildad nos pide después que dejemos de tratar nuestra culpa como si tuviera más autoridad que Su misericordia.

San Pablo escribe en la segunda lectura que: *“Ninguno de nosotros vive para sí mismo, ni muere para sí mismo”* (Romanos 14:7). El rencor limita nuestra atención hasta que nos consume lo que nos ha ocurrido. La lujuria hace algo similar, al tomar el deseo y llevarlo al interior. La recuperación marcha en sentido contrario. Restaura nuestra capacidad de relacionarnos y nos ayuda a estar disponibles para amar.

Cuando surge el resentimiento, podemos incluirlo en el inventario, en lugar de dejar que permanezca oculto. Podemos hablar con honestidad con un padrino, madrina o persona de confianza y pedirle a Dios que nos muestre nuestra parte, sin negar la responsabilidad de otra persona. Identificar la cólera realmente debilita su poder. También lo hace elegir la unión cuando nuestro instinto es aislarnos.

Algunas heridas requieren que repetidamente las entreguemos. Perdonar setenta y siete veces puede significar poner la misma herida en manos de Dios cada vez que esta regresa. Perdonamos, aunque la herida sea relevante. Perdonamos porque Cristo nos ha mostrado misericordia, y porque ya no queremos que la cólera marque nuestra recuperación o nuestras relaciones.

La libertad de adicción sexual requiere más que decir un no a la tentación. También significa entregar los resentimientos que hacen que la tentación sea más atractiva. Cristo nos invita a vivir a través de la misericordia en lugar de sentirse con derecho y por medio de la verdad en lugar de la fantasía. A medida que el resentimiento pierde su control, tenemos más libertad para recibir y ofrecer amor y vivir con integridad.

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

■ ¿En qué situaciones has notado que el rencor hace que la lujuria, la fantasía o el aislamiento sean más atractivos?

■ ¿Hay alguna falla de alguien que sigas sujetando con fuerza? ¿Qué podría significar poner esa deuda en manos de Dios?

■ ¿En qué áreas necesitas recibir la misericordia de Dios más plenamente, manteniendo la honestidad sobre el daño que has causado?

LECTURAS DOMINICALES

PRIMERA LECTURA Eclesiastés 27:30—28:7

SAL. RESP. Salmo 103:1–2, 3–4, 9–10, 11–12

SEGUNDA LECTURA Romanos 14:7–9

EVANGELIO Mateo 18:21–35